

Sermón Pr. 18B (6-Sep-2009) *Isaías 35:4-7a; Santiago 2:1-17; Marcos 7:24-37*
«*Effetá, Ábrete.*»

Este verano por los EE UU hemos visto el fracaso de reuniones públicas donde ciertas personas han efectivamente prohibido comunicación. Por colmar el salón con gente de una opinión, todos voceando y aún amenazando a personas que se atrevieran ofrecer otra perspectiva, tales reuniones dejan la impresión que ya no es posible tener una conversación civil en este país. Si todas bocas están abiertas, por cierto todos los oídos están cerrados.

Parece que nunca queremos oír o dejar que el otro hable. Esta semana, Juntas de Educación tengan que permitir actividades alternativas para los niños cuyos padres no quieren que ellos escuchen al Presidente, diciendo que es bueno estudiar en la escuela. Se atacan los propuestos—sean reforma de cuidado de salud, o creación de empleo, o inmigración—antes de leer u oír lo que dicen; y frecuentemente atacan personas, no ideas. Cuanto más gritemos sin escuchar, tanto menos parece nuestro ruido a conversación inteligente. Nos hacemos sordos y también mudos, incapaz de hablar.

¡Qué evidencia de falta de fe! Jesús mismo, al entrar en el país extraño, escuchó a la mujer que no tuvo nada para decir, según su opinión y tradición. La gente de esta región fueron «perros.» Por supuesto, un hombre judío nunca debiera hablar con ninguna mujer. Pero con sabiduría y humor, porque Jesús estuvo escuchando, esta mujer le enseñó mucho de su misión, su identidad, su falta de comprensión, y la posibilidad de cambiar. ¡Qué hubiera pasado si Jesús hubiera sido contento con su opinión de tal gente, y no escuchado? Ella es madre de todos que no somos judíos. *Effetá, Ábrete.* Gracias a Dios, por los oídos abiertos, el corazón y la mente abierta de Jesús.

No es por gritar con la voz más alta que nosotros salvaremos a Dios. El profeta dice claro que Dios nos salvará aunque somos mudos y sordos. Y ¿por qué tenemos voz y oídos al fin? Son para relacionarnos y edificar una comunidad. No los necesitamos para defender a nosotros mismos. No tenemos que correr al frente de cada reunión ahogando a cada otra voz para dominar con nuestra opinión.

Jesús levantó los ojos al cielo, suspiró y dijo: «*Effetá, Ábrete.*» Creo que suspiró como una petición, «¡Ojalá que la lengua y los oídos abiertos serían dedicados a la causa de la amada comunidad! ¡Que los brazos y las piernas hechos fuertes ayudarían a los pequeños! ¡Que las mentes y los cuerpos curados fueran empleados por el bien común! ¡Que la fe produciría obras! ¡Que los testigos a la bondad de Dios se harían abiertos unos a los otros y a la causa del Reino de Dios!»

En la causa de los marginados sin voces, por aquellos contra quienes la sociedad se cierra, por todos los más pequeños del mundo, Jesús escucha y habla—y nos da la capacidad de oír y decir. Como Jesús aprendió de su conversación con la mujer que habló idioma diferente, podemos cambiar también. Como Jesús suspiró en Decápolis, él ruega por nosotros, que seamos abiertos. No sólo oídos y lengua. Que nuestras mentes y los corazones sean abiertos, hasta que nos hacemos de verdad una reflexión de la amada comunidad.

La Revda. Paula M. Jackson, La Iglesia de Nuestro Salvador, Cincinnati, Ohio

Sermon Pr. 18B (6-Sep-2009) *Isaiah 35:4-7a; James 2:1-17; Mark 7:24-37*
“*Ephphatha, Be opened.*”

This summer around the US, we’ve seen the travesty of town hall meetings where certain persons have effectively prohibited communication. By filling the hall with people of one opinion, shouting down and even threatening persons who dare to offer a different perspective, such meetings leave the impression that it’s no long possible to have a civil conversation in this country. If all mouths are open, it’s certain that the ears are shut.

It seems as if we never want to hear or allow the other to speak. This week, Boards of Education have to arrange alternative activities for children whose parents don’t want their kids to listen to the President, telling them that it’s good to study in school. Proposals are attacked—whether for healthcare reform, job creation, or immigration—before they’ve been read or heard; and often it’s persons, not proposals, being attacked. The more we shout without listening, the less our noise resembles intelligent conversation. We’ve made ourselves both deaf and mute, incapable of speaking clearly.

This is evidence of lack of faith! Jesus himself, on entering a foreign land, listened to a woman who had nothing to say, according to his opinion and tradition. The people of this region were “dogs.” And of course a Jewish man should never speak with a woman anyway. But with wisdom and humor, because Jesus was listening, this woman taught him much about his mission, his identity, his lack of understanding, and the possibility of change. What if Jesus had been content with his opinion of such people, and not listened? She is the mother of us all, who are not Jewish. *Ephphatha, be opened.* Thanks be to God, for the open ears, and heart and mind, of Jesus.

It’s not by shouting with the loudest voice that we will save God. The prophet says clearly that God will save us, even though we are mute and deaf. And why do we have a voice and ears anyway? They are for building relationships and community. We don’t need them to defend ourselves. We don’t have to be running to the front of every meeting drowning out every other voice to dominate with our own opinion.

Jesus raised his eyes to heaven, sighed, and said, “*Ephphatha, be opened.*” I believe he sighed as with a prayer, “If only the opened mouth and ears would be dedicated to the cause of the beloved community! If only the strengthened arms and legs would help the least of these! If only the cured minds and bodies were employed for the common good! If only faith would produce works! If only the witnesses of the goodness of God would be open to one another and to the cause of the Reign of God!”

In the cause of the marginalized without voices, for those against whom society is closed, for all the least in this world, Jesus listens and speaks—and gives us the capacity to hear and to speak. As Jesus learned from his conversation with the woman who spoke a different language, we can change too. As Jesus sighed in the Decapolis, he prays for us, that we might be open. Not just ears and tongue. That our minds and hearts be open, until we become truly a reflection of the beloved community.

The Rev. Paula M. Jackson, The Church of Our Saviour, Cincinnati, Ohio